

ISMAEL FERREIRA

HAY UN DIOS EN EL VERTEDERO

ABERRACIONES II



ReaDuck 
Novela Atlas

Hay un dios en el vertedero

Colección Readuck Novela Alas

Hay un dios en el vertedero

Ismael Ferreira

ReaDuck®

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos sin el permiso y por escrito del Editor y del Autor.

Ilustración de portada e interiores: **José Antonio González Padilla**

Corrección: **Marina Montes**

Maquetación: **José Antonio González Padilla**

©**Ismael Ferreira**

Director de la colección: **Alejandro Travé Pulido**

Título: Hay un dios en el vertedero

Abril de 2022. Primera edición

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Podiprint

©ReaDuck Ediciones

41020-Sevilla

E-mail: ediciones@readuck.es

www.readuck.es

ISBN: 978-84-18406-52-2

ISBN (ePub): 978-84-18406-53-9

Depósito Legal: SE-852-2022

*Para las tres mujeres que han forjado mi personalidad, con todo el cariño
que os puedo mandar.*

Índice

- [Aberraciones 2.1: El doctor Hugo](#)
- [Aberraciones 2.2: Teoría de quinto](#)
- [Aberraciones 2.3: Indira Ayala](#)
- [Aberraciones 2.4: Eres una rata](#)
- [Aberraciones 2.5: Un dios desconocido](#)
- [Aberraciones 2.6: Burocracia](#)
- [Aberraciones 2.7: Un brazo para él](#)
- [Aberraciones 2.8: Olga](#)
- [Aberraciones 2.9: Bienvenida](#)
- [Aberraciones 2.10: Oberón](#)
- [Aberraciones 2.11: Como en casa](#)
- [Aberraciones 2.12: Buenos hábitos](#)
- [Aberraciones 2.13: ¿A qué huelo?](#)
- [Aberraciones 2.14: V2](#)
- [Aberraciones 2.15: El milpiés](#)
- [Aberraciones 2.16: El encuentro](#)
- [Aberraciones 2.17: Sangre](#)
- [Aberraciones 2.18: El jabalí](#)
- [Aberraciones 2.19: Los que quedan en pie](#)
- [Aberraciones 2.20: El catedrático](#)
- [Aberraciones 2.0: Proyecto OP2](#)

Aberraciones 2.1:

El doctor Hugo

Eran las nueve de la noche y Hugo Dostierras aún seguía en su despacho de la Universidad. Había decidido ordenar sus numerosos libros y, como era habitual, la tarea se estaba alargando.

El doctor era un anciano que, aunque ya había cumplido con creces la edad de jubilación, se negaba a dejar su profesión hasta que le fuera imposible realizarla o, como él mismo decía, acabara matándolo. Su falta de musculatura y abundante cabello canoso, atributos propios de la edad, hacían que muchos del gremio lo consideraran más un teórico que un verdadero esterilizador. Pero él seguía pensando que solo se necesitaba paciencia y un buen compañero para hacer frente a cualquier amenaza.

—¿Dónde estará ese libro? —refunfuñó con la cabeza metida dentro de una de las grandes vitrinas de madera que cubrían todas las paredes de su despacho. La mayoría de los esterilizadores preferían guardar su colección de bibliografía en unos pequeños almacenes privados que la Universidad brindaba a cada uno de ellos para tal menester, pero Hugo prefería guardarlos en su mismo despacho.

A su espalda algo se acercaba sigilosamente. La criatura, que pesaba cerca de ciento cincuenta kilogramos, estaba cubierta por gruesas escamas de color verde pálido y recordaba a un gigantesco perro con un alargado hocico plagado, únicamente, de colmillos. La aberración se colocó justo detrás de Hugo y dejó caer un pesado objeto, haciendo que el doctor se golpeará en la cabeza, asustado, al dejar caer un libro que intentaba colocar en una balda elevada.

—¡Jade! Vaya susto que me has pegado —dijo al girarse y contemplar al animal, que acababa de traerle una gruesa piedra del patio de la Universidad—. En cuanto acabe, salimos a dar un paseo.

Jade, oficialmente bautizada como *Crocodylus porosus - Canis lupus dingo*, era una quimera eutransgénica de cocodrilo y dingo, que el doctor había encontrado, siendo cachorra, en uno de sus recurrentes

viajes por el continente australiano. Un grupo de aldeanos la tenían encerrada en una pequeña jaula y sacaban dinero mostrándola a los turistas. El doctor no pudo contenerse y denunció la situación, haciéndose finalmente cargo de la custodia de la criatura. Los esterilizadores australianos no habrían dudado en matarla.

La aberración resultó ser muy interesante, presentando una inteligencia similar a la de los perros domésticos y una fuerza muy superior a la de estos. Durante los últimos ocho años se había convertido en una sombra, silenciosa y obediente, que siempre caminaba detrás de Hugo.

—Venga pequeña, quédate tranquilita un rato jugando con la piedra y yo te aviso cuando nos vayamos. —El doctor extendió la mano y rascó con fuerza las escamas del cuello de Jade, tras lo cual recogió el libro que se le acababa de caer y volvió a su tarea.

Jade hizo un sonido similar al de un resoplido, pero algo más nasal, recogió la piedra y se tendió junto a la puerta de entrada al despacho.

Tal vez habían pasado una, dos o incluso tres horas, cuando el gruñido de su mascota sacó a Hugo de su desbordante mundo de libros. En la puerta de su despacho había un hombre de piel oscura que lo contemplaba en silencio con los brazos cruzados.

—¿Qué quieres ahora, Alexis? —gruñó al verlo.

—Catedrático Beaumont, si no te importa —corrigió rápidamente el hombre de la puerta.

—Ya, ya... dime.

—Creo que he encontrado una misión para ti.

—Venga ya. —Hugo volvió a girarse hacia sus vitrinas dando la espalda al recién llegado—. No tenéis bastante con todas las horas de clase que imparto para cargarme más... Además, ¿no dijo el otro día la asamblea que estoy muy mayor para las investigaciones de campo?

—Sabes bien que creo que se equivocan. Sigues siendo nuestro mayor experto en aberraciones no violentas. Por eso creo que esto te puede interesar. —El catedrático traía un papel amarillento en las manos—. Échale un ojo antes de decidir.

Jade se levantó y comenzó a «ladrar» cuando el recién llegado empezó a andar en dirección a la mesa de Hugo. Los ojos marrones de Alexis, pequeños y carentes de brillo, se clavaron en el animal

haciendo que se callara de golpe. Jade no se escondió muerta de miedo, por el simple hecho de no conocer esa sensación, solo lo contempló dubitativa.

De nuevo, el doctor y su mascota, estaban solos en el despacho. Alexis se había ido, dejando la nota de misión sobre un montón de libros mal colocados que había en la mesa, justo al lado de una urna de cristal que contenía una mano protésica metálica dentro. En una pequeña placa podía leerse «Dr. Oberón Pestis».

—Tranquila pequeña, ya se ha ido. —Jade movió, como síntoma de felicidad, su voluminosa cola, golpeando fuertemente el suelo de la habitación con cada repetición.

Hugo caminó de forma pausada hacia su mesa, tomó la nota y comenzó a leerla, en silencio, bajo la luz anaranjada de la lámpara.

Tipo: Encargo.

Demandante: jefe de la Planta de Tratamiento de Residuos de la Capital (PTRC), Don Norberto Berkenhout.

Contenido: se han producido numerosos avistamientos de una aberración de gran tamaño en nuestra planta. Hasta el momento no se han producido heridos directos por la presencia del animal, aunque hemos tenido que reducir los turnos de trabajo de forma insostenible. Solicitamos la eliminación de la aberración.

Asignado a: libre, asignación bajo demanda.

«Numerosos avistamientos y sin heridos... Ya entiendo por qué ha pensado en mí. Solo espero que no la solicite ningún *purista*, por el bien de la criatura» pensó el doctor volviendo a dejar el papel sobre la mesa.

Hugo Dostierras era lo que comúnmente se conocía como

animalista en el ámbito de los esterilizadores. Lejos de la definición clásica de este término, su significado en el mundo universitario solo hacía referencia a su pertenencia a una corriente intelectual concreta, que apuntaba a que existen más aberraciones no violentas que ese cinco por ciento oficialmente reconocido.

En el lado opuesto a esta ideología encontramos a los *puristas*, esterilizadores y políticos, que opinan que toda aberración o resto de eutransgénica debe ser eliminado de forma inmediata. Hace algunas centenas de años, estos mismos, predicaban en contra de los humanos *rarensis*, tachándolos de monstruos peligrosos, cosa que ya no reconocían, al menos abiertamente.

Hugo salió de la habitación y Jade, dejando la gigantesca piedra babeada en el suelo, lo adelantó corriendo en dirección al parque que rodeaba los muros de la universidad.

«Mañana seguiré ordenando».

Leyes de la Tierra

-Novena Ley-

Reconocimiento de derechos de los eutransgénicos.

Teniendo en cuenta la realidad genética que el virus de translocación genética interespecífica (VTG) ha producido y en pos de los derechos universales, se reconoce oficialmente lo siguiente:

- Se reconocen a los siguientes seres eutransgénicos como personas, siendo merecedores de todos los derechos y deberes de la especie humana:
 - Subespecie humana rarensis o humanos con rasgos animales.
 - Ciudadanos no humanos o animales con inteligencia propia de la especie humana.
- Se priva del derecho a la vida a todas las quimeras eutransgénicas, o aberraciones, que muestren depredación o agresividad sobre la especie humana.

Comité de la Segunda Ola

Aberraciones 2.2:

Teoría de quinto

El despertador comenzó a sonar a las siete y media como todos los días, incluido los fines de semana. Hugo puso en marcha su rutina diaria, desconectándose de la máquina contra la apnea del sueño que lo ayudaba a descansar. Aunque odiaba aquel ruidoso aparato y las marcas que le dejaban en la cara, tenía que reconocer que, desde que el médico se la recetó, su sueño era mucho más reparador.

Jade, que dormía plácidamente ocupando todo el sofá del salón, se estiró al verlo terminar la taza de descafeinado. El café era uno de los pocos monocultivos que no se extinguieron durante la Primera Ola, cosa de la que el doctor se alegraba cada vez que pensaba en ello. La taza vacía era la señal matutina, no pactada, de que salían a la calle.

La Universidad era un gigantesco complejo arquitectónico situado en la periferia de la capital, justo en el centro de un gran parque periurbano, conocido como el «Parque del Esterilizador». Existían multitud de métodos para llegar a la zona, como un carril bici, otro exprés, para patinetes motorizados e incluso autobuses eléctricos, aunque Hugo prefería ir andando, cosa que hacía todos los días.

Las gruesas puertas de acero de las altas paredes de cemento, que antaño sirvieron como murallas del edificio principal, estaban abiertas. Como de costumbre saludó, de mala gana, a los miembros del Equipo de Seguridad que las custodiaban:

—Buenos días.

—Buenos días, doctor Dostierras. Que tenga una buena jornada. — Los jóvenes saludaron, al unísono y llenos de energía, con una amplia y forzada sonrisa en los labios. Siempre estaban dispuestos para dar buena impresión a los doctores.

Era peculiar la jerarquía universitaria y cómo afectaba, de forma casi ineludible, al destino de un esterilizador. En el escalafón más bajo estaban los estudiantes, personas sin derechos especiales, a los cuales se les seguiría considerando como tal hasta haber aprobado todas las asignaturas de la carrera.